

INTRODUCCIÓN

Desde los primeros siglos del cristianismo, ninguna doctrina ha provocado reflexión más profunda, debate más apasionado ni controversia más intensa que la doctrina de la Trinidad. La pregunta de fondo es tan sencilla en su enunciado como compleja en su respuesta:

¿QUIÉN ES DIOS Y CÓMO SE RELACIONA CON JESUCRISTO Y CON EL ESPÍRITU SANTO?

Esta interrogante no surgió en las aulas de la filosofía, sino en el corazón de las primeras comunidades creyentes que, habiendo sido formadas en el monoteísmo estricto del judaísmo, se encontraron adorando a Jesús como Señor y experimentando la presencia transformadora del Espíritu Santo.

El presente documento traza el recorrido histórico de esta doctrina a lo largo de tres grandes períodos: los primeros cinco siglos de formación y definición dogmática; los siglos VI al XVI, de consolidación y reafirmación; y desde el siglo XVII hasta la actualidad, cuando el desafío antitrinitario resurge con nuevos rostros. Comprender este recorrido no es un ejercicio meramente académico. Es, ante todo, un acto pastoral: conocer por qué la iglesia creyó lo que creyó nos ayuda a custodiar con inteligencia y fidelidad el tesoro de la fe.

PRIMER PERÍODO: AÑO 33 D.C. - AÑO 500 D.C.

LOS DESAFÍOS INICIALES: LA TRINIDAD EN EL CRISOL

En los orígenes del movimiento cristiano, la cuestión de la naturaleza de Dios no era un tema secundario.

Para los primeros creyentes, en su mayoría judíos, el punto de partida inquebrantable era el Shemá Israel: "Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es el único Señor" (Deuteronomio 6:4).

לַאֲרֶשֶׁי עִמָּוֶה

Este monoteísmo estricto constituía el núcleo de su identidad religiosa. Sin embargo, la experiencia con Jesús de Nazaret —su vida, sus enseñanzas, su muerte y su resurrección— y la irrupción del Espíritu Santo en el día de Pentecostés plantearon una tensión teológica que exigía una respuesta.



¿Cómo podía afirmarse que Jesús era el Señor sin traicionar el monoteísmo? ¿Cómo entender al Espíritu Santo morando en los creyentes?

Estas preguntas no encontraron respuesta inmediata. Durante los primeros tres siglos del cristianismo, dos grandes corrientes de pensamiento intentaron ofrecer una solución: el modalismo y el arrianismo. Ninguna de las dos resultó fiel a la totalidad de la revelación bíblica, pero ambas contribuyeron, por contraste, a la articulación de la doctrina ortodoxa.

EL MODALISMO: UN DIOS DE MÚLTIPLES MÁSCARAS

La primera gran corriente antitrinitaria que sacudió a las comunidades cristianas fue el modalismo, conocido también con el nombre técnico de monarquianismo modalista. Su punto de partida era una preocupación legítima y profundamente bíblica: la defensa del monoteísmo. Su pregunta era directa y perturbadora:

¿Cómo podemos adorar a Jesús como Dios sin caer en el error de adorar a dos dioses?"

Su respuesta, sin embargo, resultó insuficiente: "Jesús ES el Padre, simplemente manifestado en modo humano."

De acuerdo con los modalistas, los términos Padre, Hijo y Espíritu Santo no designaban personas distintas dentro de la naturaleza divina, sino únicamente modos o manifestaciones de un mismo Dios único. En otras palabras, Dios actuaba de diferentes maneras según el momento y la relación que establecía con los seres humanos: como Padre en la creación, como Hijo en la encarnación y como Espíritu en la santificación de la iglesia. La divinidad era una sola, sin distinciones personales reales.

Esta corriente tuvo sus orígenes en Asia Menor y se extendió hasta África del Norte y Roma. Entre sus principales exponentes se encuentran **Noeto de Esmirna** (hacia el año 190 d.C.), que llevó el modalismo al extremo del patripasianismo —la enseñanza de que fue el Padre mismo quien sufrió en la cruz—, y **Práxeas** (hacia el año 200 d.C.), quien introdujo estas ideas en Roma. El sistematizador más elaborado del movimiento fue **Sabelio**, en el siglo III, razón por la cual la corriente también es conocida como sabelianismo.

La respuesta teológica al modalismo provino principalmente de **Tertuliano e Hipólito de Roma**, quienes escribieron respectivamente *Contra Praxeas* y *Contra Noeto*. Estos son considerados los primeros tratamientos expositivos existentes de la teología trinitaria, y en ambas obras aparece por primera vez el término Trinitas en latín y Trias en griego. Tertuliano, en particular, acuñó la fórmula que definiría la doctrina para siempre: "una sustancia, tres personas", comparando al Logos con la luz que procede del sol: Dios que viene de Dios, sin dejar de ser Dios.

La consecuencia más grave del modalismo, sin embargo, es de carácter teológico: si Dios se manifiesta alternando entre modos o formas, entonces **Dios deja de ser omnipotente**. No puede ser simultáneamente Padre, Hijo y Espíritu.

EL ARRIANISMO: UN JESÚS CREADO Y SUBORDINADO

Si el modalismo amenazaba la distinción de las personas divinas, el **arrianismo** amenazaba la divinidad plena del Hijo. Surgido en el siglo IV y asociado al nombre del presbítero **Arrio de Alejandría**, esta corriente planteó una cristología subordinacionista que sacudió los cimientos del Imperio Romano y de la iglesia por igual. Su tesis central quedó sintetizada en una frase que se volvió emblemática: "Hubo un tiempo en que el Hijo no existía."

Arrio articuló su posición en torno a tres proposiciones fundamentales.

- En primer lugar, afirmó que **el Hijo fue creado**: solo Dios es sin principio, sin origen, no creado; el Hijo, en cambio, tuvo un comienzo, pues todo lo que tiene origen debe comenzar a ser.
- En segundo lugar, sostuvo que **el Hijo es subordinado**: aunque excepcional y en cierta medida divino, Jesucristo no comparte la misma sustancia del Padre y no es coeterno con Él.
- En tercer lugar, concluyó que **el Hijo es la primera criatura**: Jesús de Nazaret no es Dios ni parte de Dios, sino el ser creado más elevado de la creación, pero criatura al fin.

El arrianismo tenía, desde su perspectiva, la virtud de preservar el monoteísmo bíblico. Sin embargo, destruía silenciosamente la posibilidad misma de la salvación: **si Jesús no es plenamente Dios, su muerte en la cruz carece del valor redentor infinito que el pecado humano requiere para ser expiado**. Una criatura, por sublime que sea, no puede cargar con la deuda que el ser humano tiene con el Creador.



Hoy, el arrianismo no es un capítulo cerrado de la historia. Los **Testigos de Jehová** sostienen una posición teológicamente análoga al arrianismo clásico, al presentar a Jesús como "un dios" inferior y al Padre como el único Dios verdadero. Del mismo modo, cualquier movimiento que describa a Jesús como "el mayor profeta" o "el primer ser creado" repite, consciente o inconscientemente, el esquema arriano.

EL CONCILIO DE NICEA (325 D.C.): LA RESPUESTA DEFINITIVA

La expansión del arrianismo y la profundidad del conflicto que generó obligaron al emperador **Constantino I** a convocar el primer concilio ecuménico de la historia cristiana en la ciudad de Nicea, en el año 325 d.C. El objetivo era claro: resolver la controversia y establecer una posición doctrinal vinculante para toda la iglesia.



La figura más destacada del concilio no fue el emperador, sino un joven diácono de apenas treinta años: **Atanasio de Alejandría**, quien acompañaba al obispo Alejandro en calidad de secretario. Su brillantez teológica impresionó a los asistentes, y su argumento resultó decisivo: la defensa de la plena divinidad de Cristo no era un tecnicismo filosófico, sino el fundamento mismo de la salvación. Si Jesús no es plenamente Dios, la redención que él ofrece es insuficiente.

El concilio optó por afirmar que el Hijo es homoousios —de la misma sustancia— que el Padre, y este término se convirtió en la piedra angular del Credo de Nicea. El credo proclamó:

"Creemos en un solo Dios, Padre todopoderoso, creador de todas las cosas visibles e invisibles. Y en un solo Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, engendrado del Padre, unigénito, es decir, de la sustancia del Padre; Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no creado; consustancial al Padre; por quien todo fue hecho, lo que está en el cielo y lo que está en la tierra; quien por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió y se encarnó, se hizo hombre, padeció, y resucitó al tercer día, subió a los cielos, y vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos."

"Adoramos a un solo Dios en Trinidad y la Trinidad en unidad, sin confundir sus personas ni dividir su sustancia. Porque es una la persona del Padre, otra la del Hijo, y otra la del Espíritu. Pero la divinidad del Padre, Hijo y Espíritu Santo es una, igual en gloria, coeterna en majestad... Y en esta Trinidad, nada es antes o después, nada es mayor o menor; en su totalidad las tres personas son coeternas y coiguales entre sí."

Cada frase del credo fue cincelada con precisión quirúrgica para responder a las herejías del momento. Explicaremos algunas palabras claves de la confesión de Atanasio:

ATANASIO Y EL CREDO QUE LLEVA SU NOMBRE

Nicea, sin embargo, no cerró el debate. El arrianismo resurgió con fuerza bajo la protección de varios emperadores, y la iglesia vivió décadas de intensa turbulencia doctrinal. En ese contexto, Atanasio pagó el precio de su fidelidad a la fe nicena con nada menos que cinco exilios, que en total sumaron casi diecisiete años fuera de su sede episcopal. La historia lo recuerda con la frase que se volvió símbolo de su resistencia: Athanasius contra mundum —Atanasio contra el mundo—. Prefirió perder su comodidad, su cargo y su patria antes que ceder un milímetro en la verdad sobre Cristo.

El Credo de Atanasio —conocido también con su nombre latino Quicumque— es el documento que sistematiza de manera más completa y precisa la doctrina trinitaria del período patrístico. Es importante señalar un dato histórico significativo: la investigación moderna ha establecido que Atanasio, muy probablemente, no fue el autor directo de este credo. El texto no aparece documentado sino hasta el siglo VII, y su lenguaje y estructura apuntan a un origen occidental, posiblemente de la Galia, en el siglo V o VI. Sin embargo, el credo lleva con justicia su nombre, porque resume exactamente aquello por lo que Atanasio sufrió cinco exilios. Es un homenaje póstumo al gran defensor de la fe nicena.



El corazón teológico del credo puede escucharse en estas palabras:

- **Indivisible:** Los atributos de Dios no se pueden dividir. Es decir, las tres personas de la Trinidad tienen los mismos atributos y en la misma proporción.
- **Sustancia:** Las tres personas de la Trinidad son (del verbo ser) y no tienen (del verbo tener). Dios es amor, Jesús es amor, el Espíritu Santo es amor. No "Dios tiene amor" ya que esto lo haría mutable. Mismo caso con Jesús y el Espíritu Santo, son igualmente inmutables en su esencia o naturaleza.
- **Persona:** Los diferentes roles que cada persona de la Trinidad cumple: Dios Padre genera el plan de redención desde la eternidad para la eternidad. La persona de Jesús ejecuta el plan de salvación (Ro. 4:25) y la persona del Espíritu Santo garantiza la obra salvífica y generadora en el creyente.

Este credo fue el primer documento cristiano en declarar explícitamente y con tal precisión la igualdad y consustancialidad de las tres personas divinas. Desde entonces, ha servido de ancla doctrinal para generaciones de creyentes.

SEGUNDO PERÍODO: AÑOS 501 D.C. - 1.600 D.C.

LA TRINIDAD EN LA REFORMA Y LA CONTRARREFORMA

Los siglos que median entre el año 500 y el año 1600 representan, en lo que a la doctrina trinitaria se refiere, un período de notable estabilidad. A diferencia de otros ámbitos de la teología —donde la Reforma protestante y la Contrarreforma católica estuvieron en abierta confrontación—, la doctrina de la Trinidad permaneció como terreno de acuerdo compartido entre ambas tradiciones. Ni Lutero, ni Calvino, ni los teólogos del Concilio de Trento cuestionaron lo que los concilios de Nicea y Constantinopla habían definido. Más bien, lo reafirmaron con convicción.

LA CONFESIÓN DE AUGSBURGO (1530)

LA REFORMA PROTESTANTE

Redactada por Felipe Melanchthon y presentada ante el emperador Carlos V el 25 de junio de 1530, la Confesión de Augsburgo constituye el primer documento confesional oficial del luteranismo y uno de los más influyentes de toda la historia protestante. En su Artículo I, sobre Dios, la confesión reafirma sin ambigüedad la doctrina trinitaria nicena:

"Nuestras iglesias enseñan con gran unanimidad que el decreto del Concilio de Nicea referente a la unidad de la esencia divina y las tres personas es verdadero y debe creerse sin ninguna duda. Es decir, que hay una esencia divina que se llama y es Dios: eterna, incorpóral, indivisible, de poder, sabiduría y bondad infinitos, Creador y Preservador de todas las cosas visibles e invisibles; y que sin embargo hay tres personas de la misma esencia y poder, que son también coeternas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo."

EL CONCILIO DE TRENTO (1545-1563)

LA CONTRARREFORMA CATÓLICA

Por su parte, el Concilio de Trento, convocado como respuesta católica a la Reforma protestante, incluyó entre sus definiciones doctrinales una solemne reafirmación de la fe trinitaria en su Profesión Tridentina de Fe:

"Profeso asimismo que en Dios hay una sola esencia, una sola sustancia, una sola naturaleza divina; una sola persona del Padre absoluta, una del Hijo y una del Espíritu Santo; tres personas coiguales, consustanciales y coeternamente distintas."

La coincidencia entre ambas declaraciones —la protestante de 1530 y la católica de 1563— es elocuente. En lo que respecta a la Trinidad, la Reforma no reformó nada, porque nada había que reformar. La doctrina permaneció fiel a las Escrituras y a la gran tradición eclesial.

TERCER PERÍODO: AÑO 1,600 D.C. HASTA LA ACTUALIDAD

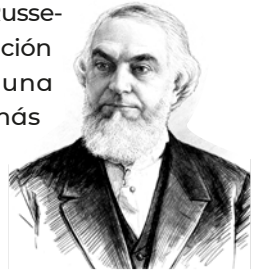
EL RESURGIMIENTO ANTITRINITARIO

A partir del siglo XVII, la doctrina de la Trinidad volvió a ser objeto de ataque sistemático. Esta vez, la amenaza no provenía exclusivamente del exterior del cristianismo —del islam o el judaísmo, que siempre habían cuestionado la divinidad de Cristo—, sino de movimientos surgidos en el interior del mundo cristiano. Movimientos que, con diversas estrategias y argumentos, comparten una misma convicción: que la Trinidad es una doctrina no bíblica, irracional o insuficientemente fundamentada en las Escrituras.

Estos movimientos, agrupados bajo el nombre genérico de **antitrinitarios**, representan hoy algunos de los desafíos más extendidos que enfrentan las iglesias evangélicas latinoamericanas. Tres de ellos merecen atención especial:

Los Testigos de Jehová

Fundados en el siglo XIX por Charles Taze Russell, los Testigos de Jehová adoptan una posición esencialmente arriana: Jesucristo es una criatura creada por Dios, el primero y más elevado de todos los seres creados, pero no coigual ni coeterno con el Padre. La traducción bíblica que utilizan —la Traducción del Nuevo Mundo— ha sido diseñada para sostener estas conclusiones, alterando en puntos críticos el texto griego original. El caso más conocido es Juan 1:1, donde el texto griego dice "y la Palabra era Dios", pero su versión traduce "y la Palabra era un dios", introduciendo un artículo indefinido que no existe en el original para subordinar al Hijo.



El Mormonismo

Fundado por Joseph Smith en el siglo XIX, el mormonismo —oficialmente La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días— sostiene una concepción de Dios radicalmente distinta de la doctrina trinitaria histórica. Para el mormonismo, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres seres separados y distintos, no una sola esencia divina. Más aún, su teología sostiene que Dios Padre fue en algún tiempo un ser humano que progresó hasta alcanzar la divinidad, lo que convierte al mormonismo en una forma de politeísmo, distante tanto del monoteísmo bíblico como de la tradición cristiana ortodoxa.

